

## **Y AL DESPERTAR, EL DINOSAURIO SEGUÍA ALLÍ**

Quizá la idea exacta para el tiempo político que hoy vivimos hace más de 30 años por Tito Monterroso, y presentada como uno de los cuentos más cortos de la literatura universal: "Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí".

Cuando los mexicanos despertamos el 22 de agosto, al día siguiente de Las elecciones definidas como Las más importantes en nuestra historia contemporánea y presentadas como "Las más limpias y vigiladas", nos encontramos con que el dinosaurio -el partido de Estado, el PRI- seguía allí, prácticamente en el mismo sitio donde había estado desde su aparición en ese lejano, pero aun cercano, marzo de 1929.

Una rápida caracterización de los resultados de la jornada electoral del 21 de agosto -formalmente provisionales pero de hecho definitivos-, nos lleva a varias conclusiones que se podrán matizar pero difícilmente rebatir. En primer lugar, que el dinosaurio, el partido de Estado, volvió a ganar, está vivo y busca llegar por lo menos al año 2000. Desde luego, en México se ha establecido el récord mundial de control ininterrumpido por un partido sobre un país en el siglo XX. Es verdad que ese partido ya no tiene la fuerza del pasado -cuando nació no se conformaba con menos del 93.55 por ciento para su candidato (Pascual Ortiz Rubio), y hoy debe de aceptar el 50 por ciento-, pero conserva la actitud, mentalidad y naturaleza originales.

El segundo hecho es que, políticamente, el país se encuentra dividido casi por mitades: 50 por ciento PRI y 44 por ciento la oposición real, es decir, PAN y PRD. Se trata de una división entre quienes desean ya entrar en la modernidad y superar los 65 años de monopolio de un partido de Estado, y los que por convicción, compromisos, inercia, temor, ignorancia o falta de imaginación o de confianza en sus propias capacidades y derechos, prefirieron prolongar a 71 años la dominación priísta y permanecer anclados en el pasado, un pasado por cierto, del cual difícilmente alguien se puede sentir orgulloso.

Tan claro como la división entre el PRI y el antiPRI, es el golfo que separa a las dos grandes fuerzas que conforman la oposición real y que les impidió unir sus esfuerzos para deshacerse del dinosaurio. Desde fines de 1988, el PAN decidió identificar como principal enemigo de al neocardenismo y no al PRI. Para el panismo la era de Luis H. Alvarez y Diego Fernández de Cevallos, el enemigo profundo es la izquierda democrática -el PRD- y no la derecha antidemocrática -el PRI-. En función de ese proyecto, resulta que en 1994, el gran ganador no fue tanto el PRI sino el PAN, que en realidad no buscó el enfrentamiento definitivo con el partido de Estado sino con la izquierda que en 1988 lo había desplazado como segunda fuerza política. En 1994, el PAN buscó consolidar lo ganado y avanzar -cosa que logró plenamente-, pues en su calendario la gran disputa deberá tener lugar al finalizar el siglo, cuando la izquierda ya no represente peligro.

Una tercera conclusión, y que se desprende de la anterior, es que el México de hoy- como quizá el México de siempre-, es una sociedad dominada por una mentalidad profundamente conservadora. En efecto, Las dos fuerzas que prevalecieron en la elección del 21 de agosto, son dos caras de la derecha, y juntas tienen el respaldo de poco más de dos terceras partes de los electores. El PRI representa una mezcla de la vieja derecha autoritaria, corporativa y corrupta - sus símbolos son Fidel Velázquez o el Grupo Atlacomulco-, con la nueva derecha autoritaria, neoliberal, tecnocrática -la salinista- y que no está libre de sospecha en materia de corrupción. El PAN, por su parte, representa la derecha decente., democrática -en este aspecto al partido blanquiazul lo avala más su historial pública y tiene raíz católica y criolla, pero que ha empezado desbordar sus límites de clase para incursionar con éxito en esa amplia base popular de la pirámide social mexicana: la indígena, mestiza y pobre.

La gran perdedora del 21 de agosto es la izquierda no revolucionaria, la cardenista. Hoy logró apenas el 16 por ciento del voto, es decir, la mitad del porcentaje que, pese al fraude, tuvo oficialmente en 1988. Es particularmente importante tomar en cuenta que este gran perdedor -al que el gobierno hostilizó sistemática y por todos los medios legales e ilegales, legítimos e ilegítimos-, representa a la izquierda moderada, la que desde un principio rechazó la vía revolucionaria y violenta y que, en cambio, conscientemente optó por el camino pacífico, institucional, electoral, civilizado. Al perder fuerza y con un porvenir tan incierto, esta izquierda

posiblemente va a entrar en un período de reajuste, y desde ya deja un vacío que bien pudiera ser ocupado por otra izquierda: esa que desde un principio desdeñó el camino electoral e institucional por considerarlo tramposo e inviable. Este escenario -el cambio en el balance interno de la izquierda- es sólo una posibilidad, no una certeza pero es una posibilidad que, en vista de los ocurrido en Chiapas, no debería descartarse.

En la Convención Nacional Democrática que se reunió en la selva chiapaneca en vísperas de Las elecciones, el grueso de la izquierda ahí representada decidió, con diferentes grados de entusiasmo, dar una oportunidad a la vía electoral. Hoy cabe preguntarnos cuántos de esos convencionistas -y de sus bases- mantienen ese punto de vista, y cuántos de los que apoyaban la vía revolucionaria vieron ya confirmada su idea original. El cardenismo, y pese la afirmación en contrario del gobierno, del PAN y de Televisa, fue hasta ahora un seguro contra la violencia, pero quizá ya no esté en condiciones de seguir siéndolo.

La derrota del PRD ase fraguó con, al menos, cuatro instrumentos. El primero fue la imposibilidad e incapacidad del cardenismo para llegar a los millones de mexicanos que objetivamente estaban en condiciones de aceptar su mensaje -los pobres- pero que no quisieron o no pudieron identificarse con él. Para algunos -entre los que me cuento- el atractivo principal fue Cuauhtémoc Cárdenas es su visión moral de la política. Sin embargo, en una sociedad donde, gracias a la brutalidad de la experiencia histórica, abundan los

descreídos, los "realistas", los oportunistas, La estrategia del PAN -la famosa concertación- fue más eficaz. En la eterna lucha entre Aristóteles -la política como ética- y Maquiavelo -la política como mero instrumento del poder-, el florentino lleva la ventaja. Fue un error no tomar eso en cuenta.

El segundo instrumento fue el miedo. Roberto Hernández ejemplifica a la perfección la instrumentalización de los temores colectivos; su mensaje fue simple pero contundente: es Ernesto Zedillo el próximo presidente o la economía se viene abajo. Se trató de activar en favor del PRI y de su candidato una de las características premodernas de nuestro sistema. En los sistemas modernos, el electorado sabe que un cambio de partido en el gobierno no significa que todo se va a poner de cabeza. Un cambio de partido en el poder es, básicamente, un cambio de personal y de estilo en el mando, de orientación en una parte del gasto público, de modificaciones legislativas que no pretenden ni pueden dar un vuelco total a la situación existente, nada más. El propio Ernesto Zedillo así lo aceptó en una entrevista que concedió el mismo 21 de agosto a un grupo de corresponsales extranjeros, y donde señaló: "Estamos viviendo las elecciones en México en las que existe el mayor grado de coincidencia entre los candidatos". Sin embargo, el mensaje que priístas, panistas y sus respectivos simpatizantes emitieron a todo lo largo de la campaña, fue precisamente el opuesto y falso: un triunfo de Cárdenas significaría la destrucción de la economía de

mercado, el imperio de la violencia, el desabasto, la inseguridad de la propiedad, etcétera.

El tercer factor, fue la persistencia de la inequidad en las reglas del juego electoral. La paradoja fue bien captada por Joaquín Ibarz, el corresponsal del diario *La Vanguardia* de Barcelona: las elecciones del 21 de agosto fueron, sin duda, las más vigiladas y las limpias en la historia de México, "pero al mismo tiempo las más sospechosas y menos transparentes del hemisferio occidental, a excepción de Cuba" (*Reforma*, 22 de agosto). Ese juicio es justo. Nunca antes en nuestro país hubo un marco legal tan complejo y justo -un observador externo le llamo excesivo-, pero ante la ausencia de una voluntad política para cumplir con su espíritu, la inequidad siguió vigente.

El símbolo de la inequidad es el uso que se hizo de la televisión para presentar a los mexicanos más desinformados y políticamente indefensos, una imagen negativa y falsa del PRD y del PAN, de sus candidatos y de sus programas. En México, la televisión es privada pero funciona como una verdadera televisión de Estado, o más exactamente, de gobierno y de partido. La avalancha de propaganda del partido de Estado y la imposibilidad de vigilar las fuentes y montos de sus recursos, fueron el otro gran factor de inequidad en 1994. Es imposible olvidar que en febrero de 1993, el partido oficial, con el apoyo del Presidente, buscó obtener de la élite empresarial nada menos que 625 millones de dólares para la campaña del 94, no hay nada que nos haga pensar que no los consiguió. No

faltaron tampoco los casos del uso de recursos públicos en favor del candidato oficial, aunque nunca se podrá saber su magnitud, pues no existe entre nosotros una contraloría independiente. Los topes oficiales a los gastos de las campañas de los partidos resultaron ser más formales que reales, pues de hecho tampoco existe un sistema efectivo para vigilar de donde vienen y a dónde van los dineros del partido en el poder. Finalmente, Pronasol y Procampo funcionaron como dos grandes, formidables, apoyos a la estrategia electoral del PRI.

En cuarto lugar está un viejo conocido: el fraude. Pese a la posición en contrario del PRD, hasta el momento de escribir este artículo, los observadores nacionales y extranjeros no contaban con pruebas de un fraude generalizado, al estilo del 88. Sin embargo, organizaciones como Alianza Cívica, reportaron una serie de irregularidades que impiden considerar las elecciones mismas como limpias: votación de los electores que no estaban en la lista nominal, votación de personas que ya tenían el dedo entintado, votación no secreta especialmente en casillas rurales, etcétera (*Reforma*, 24 de agosto). Los tumultos en las casillas especiales muestran que las listas nominales no captaron a todos los votantes registrados, muchos quedaron fuera.

En resumen y como forma de conclusión, el dinosaurio está con nosotros -o nosotros con el dinosaurio. La antidemocracia ha perdido terreno, pero el advenimiento de la transición a la democracia aún debe esperar.

